

Crisis capitalista y desigualdad social

Julio C. Gambina*

Aportes, Revista de la Facultad de Economía, BUAP, Año XVII, Número 45, Mayo-Agosto de 2012

Este artículo destaca la gravedad de una crisis que ya acumula un lustro y que hizo evidente la intervención del Estado para sostener y restaurar el funcionamiento de la sociedad capitalista. El texto presenta algunas alternativas encaminadas a que, más allá ese de ese relanzamiento del ciclo del capital, se apunte a la materialización de otras relaciones sociales más justas para otro mundo posible. El artículo termina aludiendo a la región latinoamericana dado que el autor considera que es la región que generó más expectativas de cambios institucionales, lo que lleva a destacar en los nuevos aportes de los movimientos sociales al avance de esos cambios.

Capitalist crisis and social inequality

This article highlights the gravity of a crisis already accumulated five years and that became apparent the intervention of the State to sustain and restore the functioning of capitalist society. The text presents some alternatives to, beyond that of the re-launch of the capital cycle, point to the realization of other social relationships fairer for another possible world. The article ends up alluding to the Latin American region since the author considers that it is the region that generated more expectations of institutional changes, which leads to highlight the new contributions of social movements to the progress of these changes.

*Julio Gambina es Doctor en Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Es Profesor de Economía Política en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Rosario, Presidente de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, FISYP, e Integrante del Comité Directivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO.

Existen datos que preocupan sobre la realidad mundial. La crisis del capitalismo afecta principalmente a los trabajadores, y entre ellos a los más jóvenes, superando en esta franja el 25% de desempleo en la Unión Europea, y 40% en España. En EEUU la pobreza ha llegado al máximo registro desde que se mide, hace 52 años, y alcanza a 46,2 millones de personas, es decir al 15,1% del total de la población estadounidense, siendo más grave el problema entre los negros y los latinos. Son 50 millones de personas sin seguro médico y 40 millones que reciben bonos de alimentación.

Son referencias al impacto social de la crisis capitalista. Mientras ello ocurre, los principales Estados del capitalismo mundial asignan millonarias cifras en dólares, euros o yenes para el “salvataje” de bancos y empresas en problemas de rentabilidad, que al tiempo que reciben los subsidios o préstamos realizan un profundo ajuste sobre los salarios y el empleo, para así recomponer las ganancias y la acumulación. Los sectores más reaccionarios de las clases dominantes exigen más ajuste en el gasto social y bregan por nuevas exenciones impositivas para los sectores de mayores ingresos.

La actitud predominante apunta a la intervención del Estado para el salvataje de las empresas y del capitalismo, para retomar la “normalidad” de la acumulación de ga-

nancias. El costo social parece no entrar en consideración más allá de algún lamento vestido de humanitarismo.

Todas las evaluaciones indican un futuro cercano de desaceleración de la economía mundial, especialmente en el trípode de la dominación: los EEUU, la Unión Europea y Japón, tríada responsable de más del 60% de la producción mundial. Hasta se teme por un nuevo brote recesivo, como en el 2009.

El problema se agiganta con el ajuste, o sea, con las políticas de austeridad que intentan generalizar las organizaciones internacionales, especialmente el FMI. Los llamados “países emergentes” crecen por encima del promedio mundial y financian el déficit fiscal de los países desarrollados en crisis. China es el principal sostén financiero de EEUU. La deuda pública es ahora más grave entre los países del Norte que en los del Sur, que sufrieron el flagelo de la misma durante los años setenta para constituirse en el gran condicionante de la política económica en la mayoría de esos países. Durante la recesión de 2009 el problema eran las empresas y sus déficits; ahora debemos sumar la deuda de los Estados nacionales en el capitalismo desarrollado.

El crecimiento aparece entonces como el gran objetivo, a cualquier costo, lo que afecta el medio ambiente y la calidad de vida por

la vigencia de un modelo productivo depredador. Es más, los países que más crecen lo hacen a costa del deterioro de sus bienes comunes o recursos naturales, lo que es evidente en la región sudamericana, riquísima en tierra, agua, petróleo, biodiversidad y fuerza de trabajo calificada y de bajo costo para la inversión capitalista.

La CEPAL informa que a fines del 2010 existen 177 millones de pobres en América Latina y el Caribe (el 30,4% de la población), de los cuales, 70 millones son indigentes (el 12,8% del total de habitantes) (CEPAL, 2010). La cifra era mayor en el 2002, con 225 millones de pobres (43,9% de la población) y 99 millones de indigentes (19,3% de los habitantes). Es cierto que hubo una merma de la pobreza en la región latinoamericana derivada del gran crecimiento desde 2003, pero sobre la base del mantenimiento de una importante brecha entre los sectores de mayores ingresos y los sectores sociales empobrecidos. Además, ese crecimiento generó deformaciones en la estructura productiva y ocupacional, que como señala la titular de CEPAL Alicia Bárcena al destacar que "...estos logros están siendo amenazados por las enormes brechas que presenta la estructura productiva de la región, y por los mercados laborales que generan empleos de baja productividad, sin protección social».

Resulta de interés la consideración ya que el capitalismo desarrollado presenta una coyuntura recesiva o de desaceleración, mientras que en el sur del mundo se registran tasas de crecimiento superiores a la media mundial. Lo común en ambos casos es la consolidación estructural de la desigualdad y la

pérdida de derechos históricos conquistados por los trabajadores. El crecimiento económico no asegura bienestar y mejores condiciones de vida. Todo indica que con recesión o crecimiento el capitalismo de época potencia los problemas estructurales de la sociedad contemporánea generando peores condiciones de vida para la mayoría trabajadora del planeta. El orden social contemporáneo genera desigualdad social y nos interrogamos si es posible pensar en otro mundo, tal como convocaba el Foro Social Mundial constituido originariamente en Porto Alegre, Brasil, en enero del 2001, para oponerse, luego de treinta años, al anual encuentro del Foro Económico Mundial surgido en 1971. La cuestión pasa por interrogarse sobre el capitalismo y su crisis, y ayudar a pensar la vida y el orden socioeconómico más allá del capitalismo.

La alternativa anti capitalista había sido borrada del imaginario social mundial ante el derrumbe y fracaso del socialismo en el Este de Europa. Eso motivó el éxito de teorías que aludían al fin de la historia y del socialismo, y al triunfo del capitalismo, que adquiriría así carácter universal y permanente. La crisis capitalista en curso desde el 2007-2008 demanda otra vez la discusión sobre un orden anti capitalista. Pero no sólo por la crisis, sino por las experiencias de propuestas emancipadoras, un fenómeno que se recrea especialmente en la región latinoamericana. Aludimos al levantamiento de Chiapas en plena ofensiva neoliberal para reinstalar en el ámbito mundial la posibilidad de la confrontación con el orden del Librecomercio. Con Chiapas emergió nuevamente la

internacionalización de la resistencia y su necesaria articulación, con campañas de solidaridad en buena parte del mundo y con encuentros internacionales que se sucedieron desde 1996. Es un antecedente para la Batalla de Seattle en 1999, contra la Organización Mundial de Comercio (OMC) y que hiciera visible la campaña contra la liberalización capitalista y los organismos internacionales, especialmente el FMI y el Banco Mundial. Es un proceso de organización de las resistencias que se potencia tras una década de convocatorias al Foro Social Mundial desde enero del 2001 en Porto Alegre y con los cambios políticos generados en la primera década del Siglo XXI en Nuestramérica.

Esa década del '90 del siglo pasado, de fuerte ofensiva del capital transnacional por la liberalización de la economía mundial, tuvo su resistencia y búsqueda por constituir un sujeto global, que reanimara un programa alternativo. En rigor, el cambio político emergente en la región latinoamericana en la primera década del siglo XXI es el primer resultado del intento por la transformación social anti capitalista. Fueron las condiciones de la lucha social y política las que permitieron la emergencia de nuevos gobiernos con un discurso crítico a la ofensiva neoliberal, y en algunos de ellos enarbolarse nuevamente la propuesta socialista. Desde Venezuela emergió la propuesta del "Socialismo del Siglo XXI" y desde Bolivia la concepción de "Socialismo Comunitario". Fueron propuestas proyectadas en el horizonte contemporáneo desde la integración con Cuba en el ALBA, la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América.

Vale mencionar que Cuba sostiene su proyecto socialista y se propone su recreación desde los "Lineamientos de política económica" discutidos masivamente por su población en el primer semestre del 2011. Puede discutirse el "Socialismo de mercado" en China y su versión vietnamita, pero la realidad es la reinstalación del "socialismo" como posible imaginario de la sociedad mundial contemporánea. Ello supone la discusión y balance crítico del socialismo realmente existente en el siglo XX y construir la agenda del presente, que incluye entre otras cuestiones a la "democracia", que es más que su dimensión electiva y que se proyecta como "participativa" y "comunitaria"; pero también a la lucha contra la "desigualdad" producto de la explotación y el orden liberalizador del capitalismo en la actualidad. El desafío es la construcción de otro orden productivo y desde allí modificar el patrón de consumo para satisfacer integralmente las necesidades de la humanidad.

La desigualdad involucra a los países

Nuestro aporte apunta a considerar la gravedad de una crisis que ya acumula un lustro, entre 2007 y 2011, que no tiene horizonte de final a corto plazo y que hizo evidente nuevamente la intervención del Estado para sostener y restaurar el funcionamiento de la sociedad capitalista. Ello potencia y profundiza la situación de desigualdad de ingresos y riquezas, a nivel de las personas y las naciones. En este último sentido se verifican algunos cambios, a partir de la relocalización de las inversiones y las perspectivas de desarrollo, lo que se expresa en las reservas

internacionales que acumulan los países. Según el FMI, en su informe del 30 de septiembre del 2011 (FMI, 2011), existen unos 10 billones de dólares en Reservas Internacionales acumuladas por todos los países del mundo, mayoritariamente nominadas en la moneda estadounidense y en el euro; en menor medida en otras monedas, metales, especialmente oro, y otros títulos. Es interesante comparar que EEUU tiene un PBI del orden de los 13 billones de dólares.

Para un total de reservas por 10,080 billones de dólares a junio del 2011, los países desarrollados acumulan 3,236 billones, y los países emergentes y en desarrollo unos 6,844 billones, con China reportando casi la mitad de esos valores. Los países sudamericanos, integrados en la UNASUR, reconocen unos 550.000 millones de dólares a mediados del 2011. El 54% de los 10 billones de reservas internacionales están nominados en divisas. El dólar expresa el 60%; el Euro un 26,7% y el resto de las monedas un 13,3%, principalmente la Libra Esterlina, el Yen y los Francos Suizos. En la mayoría de los países, ante la crisis mundial y la discusión sobre el papel del dólar como “equivalente universal”, existe una tendencia a modificar los stocks de reservas internacionales en perjuicio del dólar y del euro. Entre otras cuestiones, ello impulsa el alza de los precios del oro, que en épocas de crisis retoma su vigencia como resguardo de valor.

Una de las discusiones del presente es cómo utilizar esas reservas internacionales. Los países en crisis pretenden que se vuelquen sobre sus economías como forma de impulsar la actividad económica. Un uso

alternativo es discutido entre los pueblos del mundo para financiar desarrollos productivos alternativos, que tengan en cuenta la necesidad de satisfacer amplias necesidades de la población y contribuir a resolver el problema del empleo y la pobreza, al tiempo que se cuidan los recursos naturales. Es parte de los debates en UNASUR y la CELAC.

Consideraciones sobre la crisis en curso

Los orígenes más inmediatos del proceso de crisis que atravesamos actualmente (en 2011) pueden ser rastreados años atrás (en 2007), con la crisis de las hipotecas de los Estados Unidos como su fenómeno disparador inicial. Proyectada inicialmente por los medios de comunicación como una crisis financiera a partir de la caída de importantes bancos de inversión estadounidenses -fusiones incluidas y reformas financieras mediando el año 2010- su impacto en la economía real era ya una referencia.

Sin embargo, si ampliamos la mirada hacia una perspectiva histórica, nos encontraremos con la crisis recesiva del año 2001, acaecida también en Estados Unidos, y en un análisis retrospectivo nos toparemos sucesivamente con crisis previas que bien pueden confundirse con los denominados “ciclos económicos” a los que nos tiene acostumbrado el sistema del capital. Tal interpretación sería errónea, pues, como veremos, la actual no sólo se trata de una crisis cíclica, sino de una crisis sistémica e integrada, que involucra una multiplicidad de crisis: alimentaria, medioambiental, energética, financiera, económica, del orden social, es decir, civilizatoria.

Ante este panorama, la situación de crisis capitalista con epicentro en los países desarrollados —especialmente en los Estados Unidos— reabre la discusión sobre el modo de organización económico de la sociedad contemporánea, al tiempo que nos invita a reflexionar acerca de la naturaleza de la crisis, sus causas, consecuencias y posibles salidas.

Queremos ser precisos en nuestra definición de la crisis, que no alude sólo a la cuestión del ciclo económico, sino -y principalmente- a los límites estructurales en la obtención de ganancias, la consiguiente acumulación capitalista y el proceso de dominación política que de allí se deriva. La crisis es producto de factores internos del proceso de producción y reproducción, del cual la sobreproducción de mercancías y de capitales constituye el fundamento principal, conjuntamente con los conflictos laborales y sociales por la disputa de la renta generada. Es una lucha diversa por el salario, la vivienda, la salud, la educación y la apropiación social de valores socioculturales construidos históricamente, llevadas adelante por amplios sectores populares (trabajadores informales, pequeños campesinos, artesanos, comunidades de pueblos originarios, organizaciones territoriales, comunitarias, etc.). En rigor, ambas facetas son parte indisoluble del orden vigente, una como proceso de trabajo y la otra de lucha de clases. Hay crisis cuando el capital no puede reproducir su ciclo como capital dinero, como capital productivo o como capital mercancía, procesos cruzados esencialmente por el conflicto de clase.

La crisis pone de manifiesto los proble-

mas al interior del capitalismo como sistema jerárquico según la dimensión de los capitales (su composición orgánica), y en la estructura del sistema internacional de países. En ambos casos se trata de una disputa por la hegemonía en dos niveles: al interior de un país y en el sistema mundial de naciones; sendos escenarios se encuentran atravesados por la lucha entre sectores sociales dominantes y dominados.

Por esa razón es que se piensa a la crisis como una oportunidad de sentidos contradictorios: por quien ejerce la hegemonía, para afirmar el rumbo capitalista, alegando la necesidad de mantener el “orden” y promoviendo meras reformas cosméticas para restablecer el ciclo de producción, distribución, circulación y consumo de bienes, servicios y capitales; por los dominados, que visibilizan la crisis como una coyuntura favorable para obstaculizar la acumulación, para disputar condiciones de vida e intentar un tránsito del capitalismo hacia un nuevo orden, anticapitalista, socialista. En este proceso tiene lugar la dialéctica entre reforma y revolución.

Pueden cuantificarse los efectos de la crisis capitalista, que afecta principalmente a las clases subalternas. El desempleo y la caída de los salarios son el primer movimiento del ajuste del capital para sobrellevar la crisis. Se cuentan por millones los cesanteados en todo el mundo, a lo que se suman pérdidas de las condiciones de empleo, suspensiones y reducciones de ingresos. Son mecanismos que potencian la flexibilidad del trabajo que se impuso en los últimos 30 años y que coadyuvaron a deteriorar la capa-

cidad de respuesta del movimiento de trabajadores. Es cierto que la crisis se manifiesta también en la disminución de ganancias y reducción de las oportunidades de negocios para algunas patronales, generando así las condiciones para contrarrestar esos efectos con una renovada iniciativa de violencia sobre la mayoría empobrecida de la población mundial. La receta del capital es más ajuste, más liberalización y apertura de las economías para relanzar el programa de expansión del capital y el sistema de explotación y dominación.

En la señalada disputa se cuenta además a un actor poderoso: el Estado, en cuyo seno cristaliza la lucha entre opresores y oprimidos. En el contexto de un sistema capitalista, la institucionalidad estatal juega un rol relevante orientando las políticas públicas a favor de los intereses del capital. En términos simples: en la disputa por la hegemonía, el Estado es funcional al bando de los opresores. Tal connivencia puede ser rastreada en diferentes etapas a lo largo de nuestra historia, sin embargo se evidencia burdamente en aquellos momentos en los cuales el capital se encuentra inmerso en alguna situación crítica como la actual.

Para comprender el alcance de la relación Estado-capital proponemos un simple ejercicio de recopilación de datos. Así, si bien la crisis en los Estados Unidos es cuento largo, sabemos que se agudizó desde agosto de 2007 y que se hizo evidente en el “septiembre negro” de 2008, con impacto para las finanzas globales. El pánico llevó a fortísimas intervenciones de liquidez tal como los 180 mil millones de dólares de que

dispusieron —de la noche a la mañana— siete bancos centrales del capitalismo desarrollado para intentar calmar la debacle del sistema financiero en el corazón del capitalismo central. En la misma semana de explosión de la crisis se destinaron otros 85 mil millones de dólares desde fondos públicos estadounidenses para el salvataje de la aseguradora American International Group (AIG), y una semana antes se asignaron 200 mil millones para atender la liquidez de los dos grandes bancos administradores de hipotecas: Fannie Mae y Freddie Mac. Son fondos que se sumaron a varios millones más y que a fines del 2008 superaban el billón de dólares. Al mismo tiempo, y por esos días, consignamos que fueron 50 mil millones lo que le costó al Bank of América la apropiación de la devaluada compañía Merrill Lynch, cuatro veces más cara hacía apenas un par de años. Finalmente, en el período de transición entre las administraciones de George W. Bush y Barack Obama (a fines del año 2008 y comienzos del 2009) se destinaron aproximadamente unos 3 billones de dólares para salvar el capital en decadencia. En fin, la crisis fue estatizada y se ironizó este proceso aludiendo al “socialismo estadounidense”.

La realidad es que se destinaron presupuestos públicos para rescatar a las carteras morosas (“deudas tóxicas”), sanear el sistema bancario y relanzar la actividad a costa del conjunto de la sociedad, con la intención de amortizar ese gasto socializado en el sistema mundial. En el discurso de Bush, sobre el final de su mandato, presionando a los parlamentarios estadounidenses, se pudo

leer cierto tono catastrofista -incluso amenazante- para inducir la aprobación del paquete de salvataje. Precisamente se refirió a que la “profundidad de la crisis” no admite el rechazo del paquete de “estatización”, pues el impacto en costos sociales y económicos sería peor.

Es el chantaje usual de quienes en el curso de la crisis aprovechan la ocasión para socializar las contribuciones del rescate público y continuar con el rumbo de la acumulación interrumpida, idéntica coacción utilizada hasta el cansancio durante la recesión del 2009 y en la renacida crisis europea de comienzos del 2010 y hasta el presente. Es un chantaje que resulta eficaz en la postergación de la resistencia de las clases subalternas afectadas por el ajuste.

Podrían darse más datos sobre los montos involucrados en la crisis, pero nuestro propósito apunta a poner de manifiesto la danza de los millones que representan los aportes recurrentes de las bancas centrales (el Estado) para sostener funcionando a la vanguardia de la liberalización financiera y económica consolidada entre las décadas del '70 y '90, con la instalación de la ofensiva del capital transnacional y la ideología neoliberal. Aludimos a la banca de inversión en crisis y a la arquitectura del sistema financiero mundial como emblemas del mundo liberal (neoliberal), cuyas funciones contribuyeron a potenciar las asimetrías de ingreso y riquezas para consolidar un orden económico y social sustentado en la explotación.

Es cierto que la crisis perjudica a ciertas instituciones del capitalismo, pero principalmente afecta a personas concretas: des-

empleados, desalojados de sus viviendas, hambrientos, entre otros. La prédica mediática escamotea a las personas, sindicando que la crisis impacta central y únicamente en los bancos, las aseguradoras, las bolsas, los fondos de inversión, el sistema de especulación bursátil y financiero, las consultoras, las evaluadoras de riesgo de “prestigio internacional”, incluso a los propios Organismos Financieros Internacionales (FMI, Banco Mundial, BID) que se transforman en vulgares comentaristas de una situación que les estalla a contramano de sus previsiones y recomendaciones.

La recesión mundial del 2009 y sus impactos

La recesión se desplegó durante el año 2009 y así lo demuestran los datos de la evolución del Producto Bruto Interno (PBI) publicados por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OECD): Japón, -5.0; EEUU, -2.4; Euro zona, -4.0 (OECD, 2011). Cuando todos pensaron que el repunte se consolidaría en el 2010, la crisis volvió a ser noticia desde las economías europeas, especialmente Portugal, Irlanda, Italia, Grecia y España a quienes si alguna vez creyeron estar insertos en el bando “ganador” del sistema hegemónico las grandes potencias les hicieron saber que era sólo ilusorio, calificándolos como el grupo de los “PIGS” (Portugal, Irlanda y/o Italia, Grecia y España, en inglés, Spain), que traducido al castellano significa “cerdos”.

En ese sentido, todo apunta a considerar que la crisis continúa y que se expandirá, de modo específico, hacia todos los países del

globo. El tema no es menor, porque si algo se asimiló luego de la crisis del '30 es la posibilidad que tiene el accionar de la política económica para superar los procesos de crisis. La búsqueda apunta a un nuevo ciclo de crecimiento económico y estabilidad de precios (existen problemas estructurales de crecimiento de los precios internacionales que agudizan el escenario de crisis), regenerando condiciones para la acumulación de capitales.

Al destacar la “política económica”, aludimos a la dimensión política que se pone en juego al momento de cualquier crisis sistémica. Apuntamos nuestra reflexión a pensar en términos de crisis e iniciativa política de las clases constituidas en sujetos activos para definir el rumbo. Entonces, no sólo hay crisis, recesión, inflación, baja de la tasa de ganancia, desempleo, marginación y cualquier otra manifestación o efecto de los problemas en el ciclo de valorización, sino que también actúan los sujetos para afirmar el rumbo del capitalismo o para confrontarlo. Es la economía y también la política. Vale en ese sentido registrar el carácter ofensivo de la estrategia de las clases subalternas desde su formulación originaria por los clásicos del socialismo hasta el derrumbe soviético. Esta situación generó un cambio de sentido en el imaginario popular mundial afectando la perspectiva de un rumbo anticapitalista.

La dimensión política inherente al sistema hegemónico no se evidencia únicamente en momentos de crisis con las mencionadas políticas de salvataje, sino que es observable también en el uso de la violencia pública a

favor del capital. El capitalismo nace con el sello de la violencia y la afectación integral de los derechos humanos. Esa es la impronta del capitalismo, más allá de los adjetivos que a veces le adosan para amortiguar una historia de saqueo. Por eso, ni “humano”, ni “salvaje”: capitalismo. Desde la acumulación originaria el capitalismo transitó distintas crisis y recomposiciones, que suponen variaciones de las relaciones económicas en el marco del régimen de explotación, que es en definitiva la invariante del sistema.

Con todo, el problema que guía nuestra indagación es la alternativa al capitalismo en crisis. No se trata de una discusión ideológica sobre el socialismo. Más bien intenta ser un aporte a las condiciones para el tránsito de las políticas hegemónicas neoliberales hacia una perspectiva de transformación social que permita explorar acerca de los problemas de nuestro tiempo. Es que nuestra hipótesis asume que a poco más de dos décadas de la caída del muro de Berlín, y en medio de una crisis sistémica, reaparecen condiciones subjetivas para reinstalar una posible ofensiva por el otro mundo posible. En todo caso se trata de un rumbo a construir, repensando la crítica al capitalismo para refundar un ciclo de ofensiva popular para transitar el camino del capitalismo hacia el socialismo. Supone también un balance crítico sobre la experiencia socialista y una renovada búsqueda por construir la sociedad sin explotación. Ese es el sentido de estas líneas.

Como mencionamos previamente, inmersos en este contexto la crisis se presenta como oportunidad: tanto para los opresores

en pos de continuar con el sojuzgamiento hacia el pueblo, como para los oprimidos para alzarse con una propuesta que ponga en juego otro tipo de relaciones sociales. Sendas opciones coexisten y está en cada uno de los actores el saber dar buen provecho al contexto socio histórico que transitamos. En ese sentido, este texto se plantea diferentes desafíos que apuntan a pensar la teoría económica como disciplina del estudio de las relaciones sociales en el ámbito económico sin dejar de lado la dimensión política de la problemática; a criticar el capitalismo como sistema productivo basado en el saqueo y la violencia, a desarrollar un balance crítico de la experiencia de construcción del socialismo; en fin, a colaborar con la construcción del otro mundo posible.

Desde esta perspectiva epistemológica, focalizamos el análisis en las relaciones sociales de producción, entendidas como escenarios de disputa continua, es decir en la lucha entre y al interior de las clases, como elemento dinámico del proceso histórico.

Entonces, necesariamente, el correlato metodológico de las concepciones vertidas en estas páginas apunta a producir un estudio centrado en la interacción entre la teoría y la práctica. Confiamos en las elaboraciones conceptuales, en tanto y en cuanto sean insumos para la acción política y social; ausente ese objetivo, la teoría es vacía de todo contenido trascendente.

Jóvenes e indignados

La Organización Internacional del Trabajo (OIT) ha advertido (comunicado de prensa del 19 de octubre del 2011) sobre la posibi-

lidad de una generación de trabajadores jóvenes “marcada” por una peligrosa mezcla de alto desempleo, creciente inactividad y trabajo precario en los países desarrollados y de un aumento de trabajadores pobres en los países en desarrollo. La “Actualización de las Tendencias Mundiales del Empleo Juvenil - 2011” dice que “la mala suerte de esta generación que ingresa al mercado laboral en los años de la Gran Recesión no sólo produce la actual sensación de malestar provocada por el desempleo, el subempleo y la tensión de riesgos sociales asociados con la falta de trabajo y la inactividad prolongada, sino que además podría tener otras consecuencias a largo plazo en términos de salarios más bajos en el futuro y desconfianza en el sistema político y económico” (OIT, 2011).

El informe señala que esta frustración colectiva de los jóvenes ha sido uno de los factores que ha contribuido al surgimiento de los movimientos de protesta que han tenido lugar alrededor del mundo este año, ya que para los jóvenes resulta cada vez más difícil encontrar un trabajo que no sea un empleo a tiempo parcial o temporal. El informe agrega que en Oriente Medio y África del Norte, por ejemplo, durante aproximadamente los últimos 20 años uno de cada cuatro jóvenes ha estado desempleado, y ello a pesar de los progresos alcanzados en la educación de niñas y niños. El impacto sobre el empleo y la juventud es quizá el dato más destacado de la regresividad que proponen las políticas en curso para enfrentar la crisis. Lo que se privilegia son las ganancias y el clima de negocios. Poco importa si los

efectos sociales son gravosos sobre millones de personas, especialmente entre los jóvenes, afectando su presente y futuro. Las protestas juveniles constituyen una brisa esperanzadora que puede transformarse en ventarrón resistente para construir otra realidad.

El informe dice que el número absoluto de jóvenes desempleados disminuyó levemente desde su punto más alto en 2009 (pasó de 75,8 millones en 2009 a 75,1 millones a finales de 2010; esto equivale a una tasa de desempleo de 12,7 por ciento) y se espera que disminuya a 74,6 millones en 2011, es decir, una tasa de 12,6 por ciento. Sin embargo, el informe atribuye este descenso a que cada vez más jóvenes se retiran del mercado laboral, y no a que encuentran un empleo. Esto es especialmente cierto en las economías desarrolladas y en la región de la Unión Europea. El informe muestra una tendencia preocupante en Irlanda, donde la tasa de desempleo juvenil (que aumentó de 9 por ciento en 2007 a 27,5 por ciento en 2010) podría haber sido más de 19,3 puntos porcentuales superior si aquellos que o bien se “esconden” en el sistema educativo o esperan en el hogar a que la situación mejore hubiesen sido considerados como desempleados. Por otra parte, las economías de bajos ingresos están atrapadas en un círculo vicioso de pobreza laboral. El informe dice que, si el desempleo juvenil fuese analizado por separado, se podría suponer erróneamente que a los jóvenes de Asia Meridional y África Subsahariana les va bien comparado con los de las economías desarrolladas, pero de hecho, el alto nivel de la relación empleo-

población de los jóvenes en las regiones más pobres significa que los pobres no tienen otra opción que trabajar. “En el mundo hay muchos más jóvenes que son trabajadores pobres que jóvenes sin trabajo o que buscan empleo”, dice el informe.

“Estas nuevas estadísticas reflejan la frustración y la ira que están sintiendo millones de jóvenes en el mundo”, dijo José Manuel Salazar-Xirinachs, director ejecutivo del Sector de Empleo de la OIT. “Los gobiernos se esfuerzan en encontrar soluciones innovadoras a través de intervenciones en el mercado laboral, como por ejemplo abordando los desajustes entre las calificaciones que el mercado demanda y las que en verdad existen, el apoyo a la búsqueda de trabajo, la formación empresarial, los subsidios al empleo, etc. Estas medidas pueden hacer una gran diferencia, pero en definitiva lo que se precisa es crear más empleos a través de medidas que van más allá del mercado de trabajo y que apuntan a remover los obstáculos de la recuperación económica. Ello incluye acelerar la reforma del sistema financiero, la reestructuración y la recapitalización de los bancos a fin de relanzar el crédito a las pequeñas y medianas empresas, y un verdadero progreso en el reequilibrio de la demanda global” (OIT, 2011).

Lo que no puede decir la OIT es que la causa es el orden capitalista y su crisis, que para resolverse no tiene problemas en descargar todo el peso sobre los sectores vulnerables. Lo que interesa es recuperar las condiciones para un ciclo de obtención de ganancias, de acumulación capitalista y de dominación para hacer viable la sociedad

contemporánea bajo el régimen del capital. Entre 2008 y 2009, el número de jóvenes desempleados en el mundo registró un aumento sin precedentes de 4,5 millones. Este incremento extraordinario se entiende mejor si se compara con el aumento promedio del período anterior a la crisis (1997-2007), que fue de menos de 100 mil personas al año.

Durante la crisis, la fuerza de trabajo juvenil se expandió mucho menos de lo esperado: en 2010, en los 56 países para los cuales existen datos había 2,6 millones menos jóvenes de lo previsto en el mercado laboral en base a las tendencias a largo plazo que existían desde antes de la crisis. Es probable que muchos de estos 2,6 millones sean jóvenes desmotivados que estén esperando que la situación mejore, y es probable que los mismos reingresen a la fuerza de trabajo como desempleados, lo cual significa que las actuales cifras oficiales subestiman el alcance real del problema en las economías desarrolladas.

La proporción de desempleados que han estado buscando trabajo por 12 meses o más es mucho más alta para los jóvenes que para los adultos en la mayoría de las economías desarrolladas. En Eslovaquia, Grecia, Italia y el Reino Unido los jóvenes tienen entre dos y tres veces más probabilidades de verse afectados por el desempleo de larga duración que los adultos. Las tasas de trabajo a tiempo parcial para los jóvenes aumentaron en todas las economías desarrolladas entre 2007 y 2009, salvo en Alemania. La magnitud del incremento en algunos países –17 puntos porcentuales en Irlanda y 8,8 puntos porcentuales en España, por ejemplo– su-

giere que el trabajo a tiempo parcial es aceptado como la única opción posible para los jóvenes que buscan empleo. Para finales de 2010, uno de cada dos jóvenes empleados trabajaba a tiempo parcial en Canadá, Dinamarca, Noruega y los Países Bajos. La proporción de trabajadores jóvenes a quienes les gustaría trabajar horas adicionales superó la proporción de trabajadores adultos en igual situación en todos los países de la Unión Europea en 2009, excepto en Alemania y Austria. El informe presenta una serie de medidas políticas dirigidas a promover el empleo juvenil, entre ellas desarrollar una estrategia integral de crecimiento y creación de empleos que preste especial atención a los jóvenes, mejorar la calidad de los empleos a través del fortalecimiento de las normas del trabajo, invertir en educación y formación de calidad y, quizás lo más importante, llevar adelante políticas financieras y macroeconómicas que remuevan los obstáculos para la recuperación económica.

Desde nuestra perspectiva llamamos la atención sobre las políticas sugeridas, que parecen ilusorias ante la realidad que asume una creciente regresividad en los principales países afectados por la crisis. En adición puede mencionarse que los principales cónclaves internacionales, especialmente en el G20, se insiste en la liberalización de la economía, que trae los consabidos efectos sociales de la crisis en curso.

El hambre como problema social

Resulta importante rescatar el “Informe sobre el hambre en el mundo 2011” (FAO, 2011) de la ONU. Allí se señala que la

volatilidad y los precios elevados de los alimentos continuarán y posiblemente se incrementen, haciendo que los agricultores, consumidores y países pobres sean más vulnerables a la inseguridad alimentaria y a la pobreza, según advirtieron las tres organizaciones de Naciones Unidas con sede en Roma en un nuevo informe sobre el hambre en el mundo. Los países pequeños dependientes de las importaciones—en particular en el África—, son los más amenazados. Muchos de ellos sufren todavía graves problemas como consecuencia de la crisis económica y alimentaria mundial de 2006-2008, indican en “El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo” (SOFI, por sus siglas en inglés), un informe anual que este año han producido conjuntamente la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA) y el Programa Mundial de Alimentos (PMA).

Estas crisis, incluyendo la del Cuerno de África, “están dificultando nuestros esfuerzos con miras a alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) de reducir a la mitad la proporción de personas que sufren hambre en el mundo para 2015”, alertan en el prólogo del informe los responsables de los tres organismos: Jacques Diouf (FAO), Kanayo F. Nwanze (FIDA) y Josette Sheeran (PMA). “Pero si incluso se alcanzasen los ODM en 2015, en los países en desarrollo seguiría habiendo unos 600 millones de personas subnutridas. El hecho de tener 600 millones de seres humanos que padecen hambre todos los días no puede jamás ser aceptable”, señalan.

El informe de este año se centra en los precios altos y volátiles, identificados como factores que contribuyen de forma importante a la inseguridad alimentaria a nivel mundial y fuente de grave preocupación para la comunidad internacional. “La demanda de los consumidores en los países con economías en rápido crecimiento aumentará, la población continúa creciendo, y si prosigue la expansión de los biocombustibles el sistema alimentario se verá sometido a demandas adicionales”, señala el informe. Además, la volatilidad de los precios alimentarios puede incrementarse en la próxima década debido a los vínculos más estrechos entre los mercados agrícolas y los energéticos, y al aumento de los fenómenos meteorológicos extremos.

Igual que con las menciones realizadas al tema de empleo y juventud, pretendemos señalar que el problema de fondo es el modelo productivo sostenido bajo la hegemonía de las transnacionales de la alimentación y la biogenética, que bajo el propósito de sus objetivos de acrecentar las ganancias someten a la sociedad más empobrecida del mundo a situaciones de hambre y miseria. No alcanza con mencionar los impactos, sino que deben consignarse las causas del problema, que están en el orden productivo contemporáneo, incapacitado de resolver las ingentes necesidades alimentarias de la población mundial.

Pero la crisis alimentaria no afecta a todos por igual. La volatilidad de los precios hace que tanto los pequeños agricultores como los consumidores pobres sean cada vez más vulnerables a la pobreza, al tiempo que

las variaciones de los precios a corto plazo tienen consecuencias a largo plazo en el desarrollo, según el informe. Los cambios en los ingresos debido a las fluctuaciones de los precios llevan a un menor consumo de alimentos que puede reducir la ingesta de nutrientes esenciales por los niños durante los primeros mil días de vida desde la concepción, lo que causa una reducción permanente de su capacidad futura para obtener ingresos, y una mayor probabilidad de pobreza futura, con un impacto negativo en el conjunto de la economía. Pero las oscilaciones de los precios afectan a los países, poblaciones y familias de formas muy diferentes, indica el informe. Los más expuestos son los pobres y vulnerables, en particular en el África, en donde el número de personas desnutridas se incrementó en un 8 por ciento entre 2007 y 2008, mientras que se mantuvo prácticamente constante en el Asia.

El informe explica que algunos países grandes lograron blindar sus mercados alimentarios de las turbulencias internacionales a través de una combinación de restricciones comerciales, redes de seguridad para la población pobre y utilización de las reservas alimentarias. Sin embargo, el aislamiento comercial aumentó el nivel de los precios y su volatilidad en el mercado internacional, y agravó el impacto de la escasez de alimentos en los países dependientes de las importaciones. El cálculo realizado por la FAO del número de personas hambrientas para 2010 permanece en 925 millones. Para el período 2006-2008 la cifra se estimaba en 850 millones.

Queda clara la gravedad del asunto, que afecta especialmente a los pobres del mundo, incluso aquellos que habitan en países con ventajas en la producción alimentaria. La revolución agraria representa una mayor capacidad de generar negocios con los alimentos. Ello contradice cualquier objetivo de satisfacer necesidades alimentarias de la población. Existe una contradicción entre la gran capacidad productiva de la innovación aplicada al campo y la posibilidad de satisfacer crecientes necesidades de la población. La crisis de alimentos afecta a la gran masa empobrecida de nuestro tiempo.

La crisis es también energética, ecológica y afecta el cambio climático.

Siguiendo a Ramón Fernández Durán, podemos señalar que “la crisis energética, ocasionada por el inicio del fin de la era de los combustibles fósiles, es una amenaza inminente que impedirá garantizar la necesidad de crecimiento continuo de un sistema basado en la lógica de la expansión y acumulación constante. Lo cual supone el máximo reto para la continuidad del actual capitalismo global” (Fernández, 2010). Agrega, que “lo mismo podríamos decir sobre la crisis ecológica, aunque su desafío quizás no sea tan perentorio. Así, los graves problemas planteados por la disponibilidad futura de recursos claves, la incapacidad de absorción de los desechos del metabolismo urbano-agro-industrial por parte de los sumideros planetarios y la aguda alteración que ya se está produciendo en muchos de los ecosistemas mundiales impiden el normal funcionamiento de los ‘servicios ambientales’ de los

que disfrutamos y que son también clave para el business as usual del capitalismo global y local. De hecho, el cambio climático forma parte de esta crisis ecológica mundial, aunque tenga una muy importante dimensión propia” (Fernández, 2010).

Son tres temas íntimamente vinculados, donde el trasfondo es el modelo productivo sustentado en hidrocarburos y la emisión de gases tóxicos en la producción mundial contemporánea. El tema de fondo es el uso del petróleo, que tuvo su crisis en 1973 producto de la llegada al máximo de las reservas estadounidenses. El resultado fue la subida de los precios, la emergencia de las potencias petroleras, especialmente en Medio Oriente y la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo). La disputa por el petróleo, especialmente dirigida por EEUU, explica muchas de las invasiones y conflictos armados desde entonces. La cuestión se agrava cuando los expertos señalan que los nuevos yacimientos descubiertos no aumentan las reservas existentes, que hemos llegado al máximo de reservas petroleras y que ahora lo que ocurre es el agotamiento en perspectiva. La disputa por los hidrocarburos está en el centro de los problemas mundiales y define la crisis energética, la ambiental y la climática.

La Vía Campesina tiene opiniones sobre estas dimensiones de la crisis. “En la COP16 celebrada en Cancún (México), la mayoría de los gobiernos del mundo, con la notoria excepción de Bolivia, no se reunió para atajar seriamente los problemas relacionados con el clima, sino para hacer negocio con las multinacionales que trafican con

falsas soluciones para el cambio climático, como la Reducción de las Emisiones derivadas de la Deforestación y la Degradación Forestal (REDD) y otros mecanismos relacionados con el mercado del carbono, los agrocombustibles y los organismos genéticamente modificados (OGM). Han convertido las negociaciones sobre el clima en un gigantesco mercado” (Vía Campesina, 2011).

“Nuestros gobiernos han condenado conjuntamente (y en un contexto de mercado) a África y al sur de Asia a una incineración virtual, cuyas primeras víctimas son los campesinos de estos dos continentes, dado que las temperaturas crecientes crean un entorno incluso más hostil de lo habitual para los cultivos, el ganado y los seres humanos. La mayoría de los gobiernos ignoró los Principios de Cochabamba, que establecen un marco de actuación claro para atajar el calentamiento global y proteger a la Madre Tierra.”

“En consonancia con lo acordado en Cancún, a los países desarrollados y las empresas contaminantes (que son históricamente responsables de la mayor parte de las emisiones de gases de efecto invernadero) se les permite todo tipo de artimañas para evitar reducir sus emisiones. Por ejemplo, el mercado del carbono y los mecanismos de compensación de las emisiones de carbono permiten a esos países y empresas continuar contaminando y consumiendo de manera normal mientras pagan pequeñas sumas de dinero para ayudar a las personas pobres de los países en vías de desarrollo a que reduzcan sus emisiones. Pero lo que realmente sucede es que las empresas se benefician por

partida doble: continúan contaminando y vendiendo falsas soluciones. Mientras tanto, con la Reducción de las Emisiones derivadas de la Deforestación y la Degradación Forestal (REDD), los más pobres son privados de muchos de sus derechos sobre el uso de bosques y tierras comunales, mientras que emergen usurpadores que se hacen con grandes extensiones de terreno desalojando a los campesinos para traficar con bonos de carbono”.

“Sabemos que las fuentes clave de las emisiones que alteran el clima son el sistema alimentario globalizado y corporativo basado en la agricultura industrial destinada a la exportación y los agrocombustibles, los sistemas de transporte basados en vehículos privados en lugar de los transportes públicos y las fábricas contaminantes de las multinacionales. Sin compromisos reales y ejecutables para transformar este sistema, no hay esperanza en la prevención de la incineración virtual de nuestras tierras de cultivo y la capacidad para alimentar al mundo”.

“Somos campesinos y campesinas y, actualmente, producimos la gran mayoría de los alimentos que se consumen en este planeta. Nosotros, así como nuestra producción, estamos en peligro a causa del aumento de las temperaturas, los cambios que afectan de manera impredecible a los calendarios de siembra y los cada vez más frecuentes huracanes, sequías e inundaciones; y, además, también ofrecemos las soluciones al cambio climático más importantes, claras y científicamente probadas mediante la producción agroecológica y localizada de alimentos por parte de campesinos y campesinas bajo el

paradigma de la soberanía alimentaria”.

“El sistema alimentario mundial genera actualmente al menos el 44% de todas las emisiones de gases de efecto invernadero debido al transporte a larga distancia de alimentos que podrían haber sido producidos localmente, al uso excesivo del petróleo y de agroquímicos derivados del petróleo, a los monocultivos y a la tala de bosques para hacer sitio a plantaciones industriales, conocidas como «desiertos verdes»”.

“Podemos reducir de manera drástica o incluso eliminar esas emisiones transformando el sistema alimentario en base a la soberanía alimentaria, o sea produciendo localmente para consumo local, una producción variada basada en las familias campesinas y mediante prácticas sustentables”.

Son definiciones contundentes que no requieren ser ampliadas. Expresa al mismo tiempo, que no sólo hay resistencia de parte del movimiento popular, sino que se realizan profundos análisis y diagnósticos para intervenir en las propuestas alternativas, cuestión necesaria a ser profundizada.

“Rechazamos cualquier intento de extender el mercado del carbono y los mecanismos para reducir las emisiones derivadas de la deforestación y la degradación de los bosques al carbono del suelo, incluso si estas medidas vienen disfrazadas por el Banco Mundial de apoyo para los pequeños productores agroecológicos o de «agricultura respetuosa con el clima» porque:

En el caso de la reducción de las emisiones derivadas de la deforestación y la degradación de los bosques, el carbono de nuestro suelo se convertirá, en esencia, en propie-

dad de las empresas contaminantes del norte. Eso vendría a ser lo mismo que la venta y privatización de nuestro carbono. ¡Nuestro carbono no se vende!

El mercado voluntario del carbono del suelo sería únicamente otro espacio para la especulación financiera y, mientras las campesinas y los campesinos recibirían las migajas, los especuladores se llevarían los beneficios reales.

Este sería sólo otro modo de evadir las reducciones reales de emisiones para la industria contaminante y los países desarrollados.

Es también otra manera de desviar la atención de las enormes emisiones de carbono producidas por la agricultura industrial y los agronegocios (especialmente en el norte) y hacer que los campesinos del sur carguen con la tarea de reducir las emisiones mientras no se hace nada con respecto a las emisiones de carbono de la agricultura industrial.

Continúan señalando que “Si nosotros, en calidad de campesinos, firmamos un acuerdo sobre el carbono del suelo, perderemos autonomía y control sobre nuestros sistemas agrícolas. Algún burócrata de la otra punta del mundo (sin saber nada acerca de nuestro suelo, precipitaciones, pendientes, sistemas alimentarios locales, economía familiar, etc.) decidirá qué prácticas debemos seguir o no.

La agroecología aporta muchos beneficios al medio ambiente y a la vida de los campesinos y de las campesinas. Sin embargo, reduciendo su valor al del carbono embargado, no sólo devaluamos esos beneficios

sino que se puede llegar a crear incentivos malsanos para alterar las prácticas agroecológicas (y franquear el paso a tecnologías como la modificación genética de organismos) para simplemente potenciar al máximo el carbono en lugar del resto de los beneficios de la agroecología.

Esto es inseparable de la tendencia neoliberal de convertirlo absolutamente todo (la tierra, el aire, la biodiversidad, la cultura, los genes, el carbono, etc.) en capital con valor en algún tipo de mercado especulativo.

Si el actualmente escaso valor del carbono del suelo ascendiese en el mercado especulativo podría generar nuevas oleadas de usurpación de la tierra para obtener bonos de carbono, ya que la consolidación de los terrenos es un requisito previo para obtener beneficios de los bonos de carbono del suelo”.

Son claras y precisas propuestas del movimiento popular y que se transforman en “Compromisos de La Vía Campesina”:

A pesar de que exigimos legítima y urgentemente a los gobiernos que tomen medidas serias para atajar el cambio climático, prometemos continuar fomentando la agroecología y la soberanía alimentaria desde la base. Prometemos realizar las siguientes acciones prácticas:

1. Continuaremos fortaleciendo el movimiento de la agroecología desde la base para adaptarla a los patrones del cambio climático.

2. Trabajaremos para «mantener el carbono en el suelo y los árboles» en las áreas bajo nuestro control mediante la promoción de la agrosilvicultura, el plantado de árbo-

les, la agroecología, la conservación de la energía y la lucha contra la usurpación de terrenos para dedicarlos a la minería y a plantaciones industriales.

3. Comprometeremos y presionaremos a los gobiernos en todos los niveles para que adopten la soberanía alimentaria como solución para el cambio climático.

4. Lucharemos contra la inclusión de la agricultura campesina en los mecanismos de financiación de carbono.

5. Continuaremos luchando por la reforma agraria y por que la tierra se distribuya a las familias campesinas y contra toda forma de usurpación de tierra.

6. Daremos voz a los pequeños propietarios de explotaciones agrícolas y campesinos para que estén presentes con otros sectores de la sociedad civil en la COP17 de Durban y en Río+20 en Brasil, muestren nuestra oposición a las falsas soluciones contra el cambio climático y pidan la adopción de los Principios de Cochabamba. Insistiremos en la agricultura sostenible llevada a cabo por pequeños productores y la soberanía alimentaria como las soluciones más importantes para el cambio climático.

Debe pensarse lo dicho como un programa para la transición de la actualidad a una perspectiva emancipada.

“A pesar de que el cambio climático y la crisis ambiental son temas complejos y llenos de tecnicismos, existe una intuición colectiva de que la forma en que habitamos el planeta está profundamente equivocada, que debemos escuchar las voces de la naturaleza que nos recuerdan que hemos tocado el límite y que se debe cambiar más pronto que

tarde si no queremos llegar a un punto sin retorno” (Conferencia Internacional Cochabamba +1, 2011).

Continúa señalando que “Es indudable que se trata de una de las crisis más cruciales que la humanidad ha enfrentado hasta ahora y que nos lleva a cuestionar tanto al capitalismo como al desarrollismo y a reflexionar sobre cómo aún ahora el colonialismo que se impuso en el mundo hace cinco siglos permanece como el origen de una lógica de la ocupación de territorios y la explotación inclemente de la naturaleza y de la sabiduría de las personas. La crisis refleja las consecuencias de la codicia y el sobreconsumo como paradigma de vida dominante en el planeta.

Esta intuición global explica por qué la Conferencia de los Pueblos sobre Cambio Climático y Derechos de la Madre Tierra, realizada en abril de 2010 en Bolivia, haya sido todo un éxito, a pesar de que fue convocada y organizada en sólo cuatro meses. Este evento reunió a más de 35 mil personas de 142 países diferentes y a algunas delegaciones oficiales nacionales. Para enfrentar este desafío, se organizaron 17 Grupos de Trabajo, e incluso hubo el Grupo 18, con su visión crítica como signo de sociedades saludables donde deben escucharse todas las voces. Cochabamba dio la palabra a los movimientos sociales.

Esta conferencia tuvo varios méritos: por un lado logró reunir a una enorme gama de movimientos sociales; permitió romper los cercos construidos alrededor de las negociaciones del clima y socializar la discusión sobre temas críticos como la “visión compar-

tida”, el protocolo de Kioto, el financiamiento para el clima, la adaptación y la mitigación, pero también permitió desarrollar otras propuestas planteadas desde la sociedad civil, los activistas y las organizaciones sociales como el tribunal, los derechos de la Madre Tierra y los derechos de los pueblos indígenas.

Quizá uno de sus logros más importantes fue que pudo capitalizar la acumulación política de al menos una década de luchas de los movimientos sociales contra el neoliberalismo y por lo tanto construir una plataforma política integral que aborda las causas estructurales, estableciendo un puente entre dos vertientes de los movimientos sociales: los activistas cuyas raíces están en las luchas sociales y económicas y aquellos que vienen de las luchas ambientalistas. Así, el Acuerdo de los Pueblos emanado de la conferencia es un programa de acción política y una visión para aplicarse donde sea posible para ir avanzando con una apuesta que busca recuperar el tiempo perdido.

Pero necesitamos avanzar. Si bien necesitamos una narrativa —el Acuerdo de los Pueblos es una importante propuesta de narrativa construida desde abajo— tenemos que ir más allá de la retórica, porque la retórica y las declaraciones son insuficientes para crear la transformación que se requiere. Para ir más allá necesitamos de decisión política —y también personal— para desmontar el sistema con la construcción desde los tejidos más inmediatos y concretos, priorizando los niveles locales y desde allí fortalecer las propuestas globales. Reconociendo los esfuerzos que ya se están haciendo desde

abajo, como por ejemplo las luchas de los indígenas contra las represas en la Amazonía, las luchas sociales contra los daños de las industrias extractivas o la lucha diaria de las mujeres que cuidan de la vida día a día y que no se reconocen como esfuerzos que ayudan a cambiar el paradigma.

Otro desafío es el de la unidad de los movimientos sociales. Entre Cochabamba y Durban hubo un Cancún y fue una lección de cómo las cosas pueden tornarse cuando la unidad no es una prioridad. Es fundamental tener una sociedad civil fuerte que logre presionar verdaderamente las decisiones en Sudáfrica y en Río de Janeiro en el proceso de Río + 20, pues debemos recordar a los negociadores que no están allí para colocar puntos y comas, sino que deben pensar en la gente que está muriendo por causa del cambio climático.

Es espantoso cómo las tragedias que suceden en el planeta no tocan el corazón de las negociaciones. Sólo para citar un ejemplo, desde la Conferencia de Copenhague en 2009 se han vivido en Pakistán, Brasil, Centroamérica, Los Andes, Filipinas, Rusia, Australia y ahora EEUU con los tornados. Unas 350 mil personas mueren al año por sus efectos. Estos hechos no merecen siquiera minutos de silencio en las negociaciones. Los países desarrollados olvidan sus responsabilidades históricas y en lugar de dar soluciones buscan hacer trampa... y hasta cambiar el año base para sus medidas de reducción de emisiones. Por supuesto que la solución excede el escenario de las negociaciones y la mirada local debe ser priorizada, aún sabiendo que la solución es global.

Mahatma Gandhi decía que la lucha más importante es por la verdad; y este es un tema que confronta la “violencia” y la “verdad”. Los poderosos, las corporaciones y las grandes potencias saben que están provocando impactos destructivos, especialmente en el sur global; conocen los datos y las consecuencias, pero no dicen la verdad a sus pueblos. En ese sentido, la tragedia de Fukushima es una verdadera metáfora de la crisis climática y medioambiental. Toda la humanidad está viviendo una especie de “síndrome de Fukushima”, que marca cuán lejos podemos ir al olvidar el valor de la vida. Los empresarios y los políticos saben la verdad pero prefieren cuidar los negocios; ellos saben del peligro pero condenan a sus trabajadores a morir; saben que la muerte acecha pero maquillan la realidad y cambian las regulaciones de control. No respetan el derecho a la vida”.

La larga cita explica por sí misma las preocupaciones sobre el tema en la coyuntura de crisis integral, sistémica y civilizatoria del capitalismo contemporáneo.

¿Qué premisas se requieren para entender y superar la crisis actual?

En síntesis, la crisis de los años setenta convocó a una reestructuración de las relaciones sociales en el ámbito mundial. Es un proceso desarrollado con especificidades nacionales y según la historia política, social y económica de cada país. Pero esa reestructuración partió de una ofensiva extraeconómica, violenta, con forma dictatorial en el sur de América Latina. No se trataba del “mercado contra el Estado”, sino de una

nueva función de éste para favorecer al primero.

La historia de esa reestructuración no es lineal: ha tenido y tiene límites en la resistencia de los sectores más afectados por las políticas que aseguraron la concentración de ganancias, riqueza y poder a costa de agrandar la brecha entre los sectores de mayores y menores ingresos. La desigualdad es una constante en todos los países del mundo, y obviamente es una situación agravada en los países más atrasados y dependientes. Es un proceso desarrollado localmente pero que tuvo impacto en el sistema mundial.

En fin, la crisis actual puede considerarse como la gran crisis del orden emergente luego de la baja de la tasa de ganancia de fines de los '60 y comienzos de los '70. Claro que con especificidades propias de nuestra época, en donde se destaca la derrota de la posibilidad del orden anticapitalista en el imaginario mundial. La realidad nuestra, americana, la de los pueblos árabes y de la Europa “indignada” dan señales de una emergencia de contestación al orden vigente en crisis que requiere de la indagación del pensamiento crítico para contribuir a entender nuestro tiempo para su transformación.

Nos proponemos relevar las diferentes propuestas que actúan en el debate regional como salidas de la crisis. Éstas se propugnan de acuerdo al diagnóstico político que se hace de la situación. Por lo tanto, según las evaluaciones que se haga, de acuerdo a si atravesamos una crisis “en” o “del” capitalismo, serán cada una de las propuestas para superarla.

Si nos remontamos en la historia, observamos que la pregunta “¿qué hacer ante la

crisis capitalista?” fue contestada en otras ocasiones y desde distintos ángulos. Desde una praxis revolucionaria se desafiaba con la revolución socialista que había adquirido, en la Rusia de 1917, carta de ciudadanía, impulsando en años sucesivos procesos revolucionarios en Europa y animando tempranamente a José Carlos Mariátegui a formular el mito de la revolución socialista para América Latina¹. Desde otro ángulo y ante la crisis del '30, hemos visto que sectores de las clases dominantes impulsaron reestructuraciones de políticas económicas y variaciones de las relaciones sociales de producción y distribución para asegurar la continuidad de la acumulación de capitales y la dominación del régimen capitalista. El objetivo apuntaba a recomponer la capacidad de generar plusvalor y acumular riqueza y poder para las clases dominantes.

Pero también puede verificarse la simultaneidad de las estrategias que ambas perspectivas desplegaron para darle un curso al desarrollo social ante la crisis de fines de los sesenta y comienzos de los setenta del siglo XX: por un lado, la revolución cubana simboliza en la región la opción de cambio sistémico que puso en pie múltiples procesos de transformación (vía armada y/o de lucha electoral), los que son coherentes con otros

¹ Mariátegui (1982) mención especial para los “Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana” (Tomo I) y “Punto de vista antiimperialista” (Tomo II). En el editorial del número 17 de *Amauta* titulado “Aniversario y balance” Mariátegui señala que “la revolución latinoamericana será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será, simple y puramente, la revolución socialista” (Tomo I).

en el ámbito mundial (el mayo francés, la primavera de Praga y la denuncia de la invasión a Vietnam entre las más destacadas entre 1968 y 1973); por el otro lado se verifican iniciativas como el Foro Económico Mundial, reunido en Davos en 1971, y su saga hasta el presente, la crisis monetaria desatada con la inconvertibilidad del dólar en agosto de 1971 y especialmente los ensayos de política neoliberal aplicados por los monetaristas ortodoxos de las dictaduras militares del Cono Sur de América, ensayos que se generalizaron por todo el planeta desde la consolidación hegemónica de esa corriente con la asunción al gobierno de Margaret Thatcher y Ronald Reagan en 1979 y 1980 respectivamente.

La respuesta neoliberal fue en confrontación tanto con la estrategia revolucionaria como con la visión keynesiana de la organización económica de la sociedad desde fines de la segunda guerra mundial. Así, se constituyó en propuesta hegemónica hasta la presente crisis. La discusión actual se centra en cómo actuar para superar la crisis del capitalismo realmente existente tras décadas de hegemonía neoliberal y ortodoxia monetarista. El debate contiene las variantes ideológicas y políticas de quienes pretenden relanzar al capitalismo en su versión más monetarista y neoliberal, por medio del keynesianismo militar, aquellos que propugnan “otro capitalismo posible”, basado en una concepción neo desarrollista y quienes finalmente apuestan a la construcción de un orden alternativo, anticapitalista, y por el socialismo.

Una salida posible de la crisis desde EEUU es la reiteración del camino asumido

para superar la anterior recesión del año 2001, donde se combinó el keynesianismo militar (estrategia contra el “terrorismo”) con el endeudamiento público y privado. De hecho, el carácter desenfrenado de la adquisición de obligaciones desembocó en la burbuja inmobiliaria y la crisis de las hipotecas, en 2007, eclosión inicial de la crisis actual. Claro que no puede repetirse la historia del mismo modo, porque la ofensiva militarista aparece atrapada en Irak y Afganistán, sin clara salida, dado que esa maniobra pierde legitimidad a nivel mundial y al interior de Estados Unidos, acrecentando a la vez un déficit fiscal cada vez más difícil de financiar; así la militarización puede transitar otros caminos. Lo que no se puede es estimular el crédito de un sistema bancario con mora creciente y escasa propensión de la población a endeudarse ante la debacle financiera en curso, máxime cuando EEUU asume una deuda pública que supera los 11 billones de dólares. Ni la baja de la tasa de interés actúa para favorecer un crédito del que huyen probables deudores ante la cruda realidad de la recesión y la inflación. La estrategia utilizada en el 2001 exacerbó los problemas estructurales de déficit fiscal, comercial y endeudamiento público y privado de EEUU. Son límites objetivos que impiden reiterar ese camino, especialmente cuando se piensa en la continuidad y profundidad de la crisis.

La innovación —si así puede llamarse— ante el fracaso del intento de que el capital privado sostenga a las entidades en crisis, es que se acude al sempiterno regreso de la intervención estatal bajo nuevas formas, con

aportes del Tesoro y fondos públicos para sostener a las entidades financieras y empresariales en decadencia. El objetivo es que la rueda de la circulación productiva y mercantil vuelva a funcionar para relanzar el régimen del capital bajo una nueva ofensiva de la liberalización global. Se trata de intervenir desde la cúpula del poder estatal aunque sólo sea temporalmente, para estabilizar la situación económica y retomar la ofensiva por la liberalización.

El orden mundial resultante de este proceso encuentra a EEUU en un papel hegemónico en el sistema mundial, más allá de las visibles disputas existentes. Es el resultado de su peso económico y militar, pero también ideológico y cultural. El peso económico remite al papel de las *corporaciones* transnacionales de origen estadounidense, sí, pero también a la capacidad del Estado de EEUU para fijar políticas globales. Luego de la recesión de EEUU en el 2001, en base a un paquete de medidas fiscales se produjo un proceso de recuperación que implicó una tendencia al aumento de las tasas de interés por parte de la Reserva Federal. Con estas medidas se definió también la situación de los mercados de valores del mundo, sea cual sea la importancia y el volumen que cada uno de ellos administra. La crisis financiera surgida a mediados de 2007 trae consigo una tendencia a la baja de las tasas de interés, la cual impacta en el sistema financiero y económico global. Apuntamos a considerar que las subidas o bajas de tasas de interés, motivadas por necesidades internas de la economía estadounidense, afectan al sistema mundial en su conjunto. Es dialéctica la relación

entre poder económico y poder militar. El dólar sostiene a los misiles y éstos sostienen al dólar.

Así, la invasión militar en medio oriente tiene fines económicos y se materializa militarmente, pero en forma simultánea se busca, a nivel ideológico, lograr un consenso global sobre una política de interés particular. Se pretende naturalizar globalmente el *modus operandi*, y ello supone un accionar ideológico y cultural. Quizá por ello, el mayor logro de la potencia hegemónica sea de tipo cultural. Al menos en parte, por ese intermedio llegó a obtener un importante aval respecto de su accionar imperialista; es decir ha “ganado” el sentido común de la población mundial para esa estrategia.

La crisis no amedrenta la ofensiva del capital, que a través de su asociación con el Estado más poderoso de la tierra cristaliza su iniciativa política para subordinar las relaciones económicas y asegurar la valorización del capital, aún a costa de nuevas y sucesivas crisis. En ese marco se viene desarrollando una institucionalidad de nuevo orden. Entre otros se destaca la aparición del G7, G8 y el propio G20² como intentos de “gobierno mundial”.

Si alguna vez Carlos Marx aludió al paso de la subsunción formal a la real, del trabajo

² El “Grupo de los 7” está formado por los EEUU, Canadá, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y Japón. El “Grupo de los 8” es el G7 más Rusia. Por último, al “Grupo de los 20” lo integran los miembros del G8 más Arabia Saudita, Argentina, Australia, Brasil, China, India, Indonesia, México, la República de Corea, Sudáfrica, Turquía y la Unión Europea, aunque representados por ésta son invitados también España y Holanda.

en el capital, ante la crisis de los '70 el capital impulsó una fuerte iniciativa política para restablecer el ciclo económico y asegurar las condiciones de reproducción de la acumulación de valor y del sistema de dominación en escala global, aunque siga teniendo, claro está, forma nacional de expresión. Actualmente, una de las alternativas que se manejan para relanzar la ofensiva del capital en este escenario de crisis es la intensificación de la violencia imperialista y el terrorismo de Estado por parte del Estado hegemónico, esto es, liberalizar las relaciones económicas y sociales a costa de vidas humanas.

Desde la perspectiva de la transnacionalización del capital y la nueva división internacional del trabajo, algunos gobiernos perciben esta crisis como una oportunidad para mejorar su posicionamiento en esa macroestructura económica, dado su carácter de “voceros” y “expresión” del capital local. De hecho esta visión no es nueva, sino que ya en los años '50 y '60 se consideraba que era factible el paso del subdesarrollo al desarrollo. Sólo era necesario seguir la receta transitada por los países desarrollados y así se lograría el objetivo tan anhelado. Sin embargo, se olvidaba o negaba la dialéctica entre desarrollo y subdesarrollo, entre dominantes y dominados, entre revolución industrial producto de una acumulación que incluía el despojo de las riquezas naturales del territorio de nuestra América y el asesinato de poblaciones explotadas en la extracción de mineral. En definitiva, de una acumulación originaria del capital sustentada sobre el despojo de poblaciones enteras.

La historia vuelve a repetirse para gene-

rar nuevas acumulaciones. Existen estrategias de nuestra región que imaginan una inserción renovada de países de menor desarrollo en la cumbre del poder capitalista. Parten de la hipótesis de una crisis en el centro que no afecta, esencialmente, a la periferia. Es un diagnóstico erróneo que sigue pensando en términos de economía y política entre naciones, internacional, sin dimensionar el carácter mundial del capitalismo. Esta visión está sustentada en la ilusión que genera la macroeconomía estable y el crecimiento de los últimos años para la región latinoamericana.

La realidad de equilibrios fiscales y comerciales en la coyuntura, tanto como acetadas políticas monetarias y cambiarias con sólidas tenencias de reservas internacionales hacen aparecer consistentes las condiciones de los países ante la crisis presentada en el norte desarrollado. Habría que recordar que el ciclo de ascenso de la región es posterior a una década de reestructuraciones regresivas ocurridas en los '90. Década que no estuvo exenta de los episodios de crisis ya mencionados, entre los que se cuentan los acaecidos en México '94, Brasil '98 y Argentina '01, todos ellos de fuerte impacto en los sectores sociales de menores ingresos. La crisis se anticipó en nuestra región y la proyección prolongada de la crisis en el norte se descarga sobre nuestros países, tal como se aprecia en los indicadores socioeconómicos abordados en el acápite anterior.

Los datos fehacientes hacen caer en la realidad a aquellos gobernantes o académicos que imaginaban blindadas economías de nuestros países, producto del ciclo de ascenso de la producción, el empleo, las ganan-

cias y los salarios (aunque éstos satisfagan cada vez menos los requerimientos de una calidad de vida digna). El problema es la ilusión neodesarrollista instalada con pretensión hegemónica de corrientes críticas a los neoliberales. Estos impusieron su credo mercantil por cuatro décadas en gobiernos y en la academia, siendo la crisis actual la que desnuda los límites de la teoría y política económica liberalizadora.

Es un hecho que los gurús neoliberales y sus epígonos en la esfera política ya no opinan a viva voz, entre tanto se resguardan tras la prudencia de aquellos que estimulan nacionalizaciones transitorias, intervenciones estatales “mientras se justifique”, para luego reanudar una ofensiva de mercantilización profunda de las relaciones sociales económicas. Esa es la impronta del nekeynesianismo.

Debemos insistir que el keynesianismo existió sobre la base de la ofensiva de una subjetividad revolucionaria que discutía el orden capitalista vigente a comienzos del siglo XX. También señalar que el keynesianismo se construyó en el marco de una época de guerras mundiales (1914/18 y 1939/45) con destrucción inmensa de fuerzas productivas, para instalarse y propagarse en el ciclo de oro de 1945 a 1975 sobre la base del poder hegemónico de Estados Unidos.

Ahora bien, actualmente y ante la ausencia de una subjetividad revolucionaria en ascenso, la crisis condiciona al pensamiento hegemónico de los últimos años y posterga sus objetivos liberalizadores hasta mejores momentos. Esta situación hace pensar que se pueden recrear circunstancias para restable-

cer políticas del ciclo keynesiano. De hecho, un dato de la realidad es la creciente intervención de un Estado capitalista que, en rigor, nunca había dejado de sustentar el programa de liberalización demandado por el gran capital. Queremos reparar en el comportamiento de los capitales “en particular”, que a pesar de la crisis acumulan ganancias, riqueza y poder, y puján por darle continuidad a la liberalización. Vale en ese sentido recoger las resoluciones de las cumbres mundiales convocando a la reanudación de la ronda de Doha de la Organización Mundial de Comercio. Es que aquellos capitales precisan desplegar su accionar en pos de la apropiación de los recursos naturales sin ningún tipo de limitación, afirmando con ello la libre circulación de capitales. En síntesis, el hecho de que los más conocidos gurúes del neoliberalismo se llamen a silencio no hace desaparecer el objetivo liberalizador de los capitales a escala mundial.

Los pronósticos sobre la crisis son diversos: desde aquellos que imaginaron una recesión corta en el 2007, hasta quienes anunciaron la prolongación del estancamiento por varios años. En esas condiciones la puja política para incidir sobre las decisiones de los Estados capitalistas es gigantesca, tal como viene ocurriendo con los millonarios fondos de salvataje destinados por los principales países capitalistas. Aludimos a la dimensión política puesta en juego en la crisis, que involucra el poder del capital y las ilusiones sobre su contención.

Por todo ello es fundamental la discusión del diagnóstico sobre la crisis y su caracteri-

zación. Si el problema es la regulación (de las finanzas especialmente) entonces el tema se resuelve regulando, que parece ser la salida que se encuentra en los principales cónclaves oficiales desde la emergencia de la crisis. Es una perspectiva similar a quienes visualizan excesos empresariales o de las cúpulas gerenciales en su apropiación de recursos, para lo cual la solución pasa por restringir la asignación de grandes sumas de ganancias, de honorarios y premios para las cúpulas empresariales o gerenciales. ¿Es posible regular la dominación monopolista de las transnacionales en tiempos de revolución de las comunicaciones? Las normas de Basilea prefiguran tanto el fracaso de los intentos reguladores en el sistema financiero mundial, como también el de intentar establecer códigos de conducta a las transnacionales en el sistema de Naciones Unidas. La agresión del capital en la explotación de los trabajadores y sobre los recursos naturales para satisfacer sus objetivos ponen de manifiesto que no sólo se trata de una crisis económica, sino de una crisis sistémica, y que la respuesta del capital, más allá de ciertas nacionalizaciones propuestas desde el Estado capitalista, se orienta a la generación de condiciones económicas y políticas para hacer avanzar el sistema capitalista, con independencia del costo social y natural que ello conlleve.

¿Existen alternativas para otro mundo posible?

A las propuestas de salidas referidas al keynesianismo militar y al neodesarrollismo se opone una tercera, que puede ser caracterizada como una perspectiva emancipadora.

Es que al tiempo que se presenta la ofensiva del capital para su programa liberalizador, se desarrolla un proceso creciente de crítica y resistencia que habilita a pensar en términos de alternativa.

No se trata de una utopía o fantasía, especialmente en América Latina, con procesos de masas que en los últimos veinte años hicieron frente a las políticas hegemónicas neoliberales. Se trata de una dinámica social movilizadora que pretende construir otras relaciones que rijan la economía, la política y la sociedad. Son dos décadas iniciadas con el histórico “Caracazo” (en febrero de 1989) que da origen a lo que hoy denominamos revolución bolivariana; o de condensación de las luchas de los pueblos originarios en torno a los más de cinco siglos de dominación y que sustentan los actuales procesos de cambio político en Bolivia o Ecuador; pero también de despliegue de una acumulación de lucha de los trabajadores organizados de Brasil, Uruguay y Argentina para generar primero críticas y luego alternativas a la hegemonía neoliberal de los años '90. Es el camino construido en ese tiempo en Paraguay, Nicaragua o El Salvador. Cada quién desde su especificidad, pero todos en una perspectiva de cambio nacional y búsqueda, a ritmo diferenciado, de procesos integradores innovadores. La mayoría de estos países mencionados se posicionaron en 2005 (cuando la IV Cumbre de Presidentes de las Américas, en Mar del Plata, Argentina) en confrontación contra la estrategia imperialista de integración subordinada al programa liberalizador de los tratados comerciales, cuya máxima apuesta fue el Área de Libre

Comercio para las Américas, ALCA.

La existencia de una dinámica alternativa que se procesa especialmente en América Latina y el Caribe se puso de manifiesto en las dificultades que encontraron los Estados Unidos en la V cumbre de presidentes americanos realizada en Trinidad y Tobago entre el 17 y 19 de abril de 2009. Allí, más allá del temario previsto, el eje de las discusiones se concentró en el bloqueo estadounidense sobre la isla de Cuba y la expulsión cubana de la Organización de Estados Americanos (OEA) en 1962. A los pocos días el tema volvió a tomar cuerpo en la reunión de este organismo y en un hecho histórico se suspendió la exclusión de Cuba de la OEA. El tema es importante más allá del nulo interés cubano por reinstalarse en un ámbito que considera inútil para los intereses propios y regionales, precisamente por la incapacidad que tiene EEUU por diseñar la agenda de debate en la coyuntura.

En síntesis, el presente se caracteriza por la discusión sobre la crisis, pero ya no sólo en cómo relanzar el ciclo del capital, sino en pensar en la materialización de otras relaciones sociales más justas para otro mundo posible.

Expuesto el abanico de posibles horizontes para salir de la crisis, nos proponemos ahora indagar acerca de las políticas que efectivamente se están llevando a cabo en pos de paliar sus efectos. En ese sentido, cabe recordar que, si bien la eclosión inicial tiene causas de índole financiera y especulativa, la realidad es que hoy en día existe una multiplicidad de frentes críticos entre los que se cuentan la crisis climática, producti-

va, social y ambiental. Del carácter global de la crisis se infiere que no resulta ni plausible ni efectiva una solución focalizada. Es preciso un cambio rotundo que tenga como eje al modo de producción capitalista.

En ese sentido afirmamos que si bien es imperioso reconocer la estrategia global del capital, es preciso favorecer una visión conjunta, teniendo en cuenta también las acciones de resistencia y alternativa desarrolladas. Se trata entonces de dejar de lado la fragmentación del conocimiento y de la realidad, tan funcional al actual modelo de acumulación. Por lo tanto, intentaremos aquí determinar cuáles son los actores y las estrategias históricas y coyunturales que se ponen en juego en este contexto de crisis global

Venimos sosteniendo que en pos de ordenar las relaciones sociales de explotación a nivel mundial el capital transnacional plantea una estrategia de saqueo, explotación y violencia. Para ello precisa de la colaboración de los Estados nacionales, dado que con su accionar aseguran que el acontecer cotidiano siga el curso sugerido. Nada de lo que ocurre en las relaciones entre capitalistas y trabajadores sucede sin el accionar concreto de los Estados. Es una afirmación válida en las mutaciones de las relaciones en el ámbito de las empresas, como en el conjunto social. Sin el Estado y sus medios represivos no puede entenderse el disciplinamiento del movimiento de trabajadores en cada uno de los países y en escala global, más allá de resistencias particulares, parciales conquistas y reconquistas de determinados trabajadores en alguna parte del plane-

ta. Pero también debe consignarse el accionar propagandístico e ideológico de los Estados para hacer normal las demandas del capital en el conjunto de la sociedad. Las formas de la violencia no remiten sólo al uso de las armas y la represión física, sino que también se acude a la violencia moral del chantaje y la manipulación de la conciencia social para naturalizar el orden vigente y las nuevas formas que asume la explotación.

Contrario a lo que algunos sostienen, actualmente no hay menos Estado, sino que ocurre un cambio de funciones de los Estados nacionales. De este modo, no resulta adecuado contraponer el “mercado” al Estado como tendencias contrarias. Ambas categorías, “mercado” y “Estado”, son conceptos relacionales, implican relaciones sociales y como tales son contradictorias y expresan determinados intereses de “clase” en el capitalismo. Es que es el propio Estado el que propone y conduce la mercantilización capitalista de la sociedad. Sólo entre paréntesis vale decir que es necesario estudiar la proposición del Estado en China, orientado a mercantilizar el socialismo, lo que requiere un debate político y teórico que escapa a nuestras motivaciones en estas reflexiones. El Estado resulta imprescindible para canalizar con éxito la ofensiva global del capital. En efecto, son los Estados los que están dando nueva forma al orden mundial pretendido, desde la Constitución europea, que incluye por cierto su capítulo económico liberalizador, el ALCA o cualquier tratado comercial y de inversiones, es negociado por los Estados. Son los Estados los que disputan entre sí la radicación de inversiones de

capital y no dudan para ello en otorgar todas las facilidades demandadas para su atracción, tanto fiscales, monetarias, crediticias, como reformas regresivas del régimen laboral.

Existe, además, un entramado articulado de viejas y nuevas organizaciones globales, desde los organismos financieros internacionales y el sistema general de Naciones Unidas a la Organización Mundial de Comercio, OMC, y múltiples tratados bi y multilaterales que negocian los Estados para abrirle espacio a las demandas de reestructuración regresiva del orden global planteadas por el capital. Es decir, los sujetos de las transformaciones capitalistas en curso, los capitales, en su fase transnacional, recurren a los Estados nacionales para modelar a su demanda específica el orden social global. Es curioso, pero en la época de la transnacionalización del capital, éste sigue recurriendo a formas nacionales de empujar su estrategia, y en ese lugar encuentra nueva función para el Estado-nación. Si éste fue fundamental para consolidar la acumulación originaria del capital en cada país, hoy es necesario para asegurar una expansión internacional de esos capitales en un contexto de crisis. La lucha entre los capitales se presenta en el mercado y cuenta con ayuda del poder del Estado-nación del país de origen de cada capital, que pretende disciplinar la ley del valor. No es un tema nuevo, pues lo reconocemos desde la existencia del imperialismo, donde la ley del valor se abría camino favoreciendo la ganancia de monopolio. Ya no se trata de la libre competencia, sino de la existencia dominante del monopolio que impone condiciones y precios, y que por ello

se apropia de una cuota mayor de plusvalía que la generada en su seno, incluso por encima de la ganancia media. El Estado es clave en el sostén de la estrategia de acumulación de los capitales.

La tendencia a la transnacionalización del capital mantiene, en territorios nacionales, su ámbito de impulso y de toma de decisiones. Es desde los Estados-naciones que se continúa ejerciendo el “imperialismo”. Polemizamos por tanto con las concepciones que aluden al “imperio” como una nueva forma de ejercicio de la dominación del capital. Existe por tanto un doble desafío de una contestación a la transnacionalización en una resistencia sin fronteras, y al mismo tiempo la continuidad de luchas nacionales contra el capital, los propios Estados e incluso a la discusión y lucha interestatal para afirmar procesos de liberación social y nacional.

De las guerras mundiales del siglo XX, crisis del treinta mediante, emergió un orden mundial bipolar que entró en crisis a comienzos de los años setenta. Recordemos que el gobierno estadounidense declaró la inconvertibilidad del dólar en 1971 y con ello rompió unilateralmente los acuerdos monetarios de *Bretton Woods*. A partir de ese momento, y para ocuparse del orden mundial en crisis, surge, desde la perspectiva capitalista, el selecto Grupo de los 7 —conformado por los Estados Unidos, Canadá, Alemania, Inglaterra, Francia, Italia y Japón— como conjunto “ordenador” del sistema financiero y económico mundial. Con el derrumbe de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y el fin de la

bipolaridad, se incorpora Rusia al ahora Grupo de los 8.

Por su parte, el G20 es producto de la crisis, se creó en el año 1999 a fin de discutir las secuelas de las crisis, mexicana, asiática y brasileña, que azotaron al globo durante la última década del siglo pasado. Es decir que este conclave emerge como consecuencia de la generalización de las crisis. ¿Por qué lo afirmamos? Es que originariamente el G20 era un cónclave ministerial, es decir, una reunión de los ministros de hacienda y finanzas de los países miembros que se convocaba bianualmente. Sin embargo, esta situación viró con el derrumbe de *Lehman Brothers* —entidad emblemática de la especulación financiera contemporánea— en septiembre de 2008. Entonces, la Unión Europea solicitará al gobierno de George W. Bush que cite al G20, ahora como “cumbres presidenciales”, convocando a los primeros ministros de los estados miembros en noviembre de 2008.

Queda claro que el Grupo de los 20, como lo conocemos hoy, es producto de la insostenible situación económica y financiera que provoca la bancarrota de importantes y diversas entidades financieras. Emerge para restaurar las condiciones de acumulación capitalistas en un contexto global de debacle económica.

Desde el año 2008 a la actualidad el G20 se constituyó en cumbres presidenciales y entre cada reunión funciona en cuatro grupos de trabajo³, a saber: el correspondiente

³ Información extraída del sitio de internet oficial del cónclave: <www.g20.org>.

a la regulación y transparencia, otro encargado del área de cooperación internacional e integridad del mercado financiero, aquel que trabaja en pos de generar reformas en el Fondo Monetario Internacional y por último el grupo de trabajo que se avoca a las cuestiones inherentes al Banco Mundial y a otros bancos multilaterales de desarrollo.

En términos generales, las propuestas del G20 apuntan centralmente a mantener políticas anticíclicas para salvar a las corporaciones transnacionales financieras e industriales, es decir, continuar relegando la cuestión social. Al mismo tiempo se orientan a fortalecer el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial sin modificar —ni que hablar de cuestionar— sus roles. En síntesis, el cónclave de los 20 países “industrializados y emergentes” pretende mantener y fortalecer la arquitectura financiera mundial regresiva vigente, ratificando el rumbo por la liberalización y avalando las conclusiones de la Ronda de Doha. De ahí se entiende que suscriban un acuerdo que reza: “mantenemos la apertura, la libertad de los mercados y reafirmamos los compromisos tomados en Washington y en Londres: nos abstendremos de elevar obstáculos a las inversiones o a los intercambios de bienes y de servicios o de imponerlo de nuevo, [en fin] lucharemos contra el proteccionismo” (G20, 2009).

Los Estados que conforman el G20 confían entonces en la rehabilitación del sistema financiero y en la autorregulación de los mercados, base de la ideología neoliberal. En ese sentido, están convencidos de que: “estamos construyendo un sistema financiero más resistente que sirva a los intereses de

nuestras economías, reduzca el riesgo moral, limite la acumulación de riesgo sistémico y apoye un crecimiento fuerte y estable. Hemos fortalecido el sistema financiero al reforzar la supervisión prudencial, mejorar la gestión del riesgo, promover la transparencia, reforzar la cooperación internacional. Hemos alcanzado mucho (...) Pero hay más trabajo por hacer (...)" (G20, 2010).

Paralelamente, es preciso señalar que en 2009 el G20 permitió la ampliación de la capacidad de préstamos del FMI a 750 mil millones de dólares, de los cuales Brasil aportó 10 mil millones y China otros 50 mil millones. Asimismo, autorizó el incremento de los Derechos Especiales de Giro (DEG) a 250 mil millones de dólares. Los DEG se integran a las reservas internacionales de cada país en función de la cuota en el FMI. Todos ellos constituyen mecanismos para inyectar liquidez a fin de favorecer la sustentabilidad de los pagos de deuda y evitar mayores impactos financieros de la crisis en la economía mundial.

En su última reunión del 3 y 4 de noviembre de 2011 en Cannes, refrendó el apoyo al FMI para gestionar el ajuste en Europa y superar la crisis a costa de los trabajadores y sectores más empobrecidos. Fue en ese marco que se hizo evidente la relación entre la democracia y el capitalismo, ya que el poder mundial condicionó el apoyo a Grecia si no se convocaba a una consulta popular sobre el ajuste. Lo que importó fue la opinión de las empresas y los poderosos, de ninguna manera la de las víctimas del regresivo ajuste y reestructuración regresiva.

Así, coincidimos con la red global

ATTAC, quien afirma que este grupo de países pretende "tan sólo salvaguardar las herramientas financieras globales controladas por organismos fracasados y tremendamente deslegitimados por los pueblos, en especial los del Sur"⁴. También el G20 anuncia la "retirada del G8 para promoverse como el nuevo gobierno de la economía mundial, dejando marginada a una gran parte de la humanidad, la que es más pobre".⁵

Así, la tan mentada "democratización", propuesta a partir de la ampliación del grupo a veinte miembros, resulta irrisoria, ya que silencia al "resto del mundo": únicamente los estados miembro son capaces de gestionar la crisis financiera. Un interrogante que formulamos es por qué no se avanza en consolidar el G192, es decir incluir en la discusión al conjunto de los países que conforman las Naciones Unidas. Tal convocatoria realizada por la presidencia de la Asamblea en junio de 2009 no tuvo la repercusión de los sucesivos encuentros del cónclave citado por el G20.

Un debate recorre el G20. Europa, epicentro de la crisis en la coyuntura, sostiene la necesidad del ajuste para retomar competitividad y reencauzar el camino para la obtención de ganancias y el ciclo de acumulación para la dominación, mientras que desde los EEUU se reclama continuidad en el salvataje empresarial con estímulos estatales para sostener el nivel de actividad económica. Se nota un "empate", ya que se viene

⁴ "El G20 no puede dar más de sí. Entendemos que tampoco lo pretende" (ATTAC, 2009).

⁵ "El G20, tres veces cero y nuevas gesticulaciones en vano" (ATTAC, 2009).

acordando una reducción de los déficit fiscales hacia el 2013 y que cada quién sostenga los estímulos en cada país. Al final, se trata de soluciones nacionales (anárquicas) para problemas de índole mundial.

Incluso Paul Krugman, premio Nobel de Economía en 2008, en un reciente artículo advierte que asistimos a la tercera gran depresión en la historia del capitalismo, las cuales son la “larga depresión” iniciada en 1874, la “gran depresión” de 1930 y la actual, cuyo “costo para la economía mundial y, sobre todo, para los millones de vidas azotadas por la falta de empleo, será enorme. Y esta tercera depresión será, primordialmente, un error de política” (Krugman, 2010). Los dirigentes del G20 parecen no sintonizar en ese sentido, mientras la crisis profundiza el desempleo y la pobreza en la mayoría de la población mundial.

La crisis mundial pone en discusión las formas de solución en tránsito y exige una mayor presencia de la sociedad popular, de la voz de los trabajadores y los pueblos. La democracia es una necesidad del desarrollo social, y no puede quedar acorralada en la auto definición de los poderes ejecutivos de algunos países, constituidos en “gobierno global” para impulsar las necesidades de restablecimiento de la ganancia del capital más concentrado a escala global.

En contraposición a lo planteado, prosiguen las reuniones paralelas del movimiento popular regional y mundial, las cuales deben definir un proyecto alternativo al capitalismo, tomando la crisis como oportunidad. Los movimientos sociales pretenden participar en el debate a fin de que no se

reincida en promover un formato de arquitectura financiera propio del ciclo anterior. Es la discusión por una Nueva Arquitectura Financiera del orden regional e internacional, que brega por la redefinición del “para qué” y “para quién” del financiamiento.

El Banco del Sur y el Banco de la ALBA (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América) son respuestas originales a la crisis. Ambas instituciones, según lo expresan sus estatutos fundacionales, apuntan al financiamiento para el desarrollo y a la eliminación de las asimetrías regionales.

Otro desarrollo alternativo es el Sistema de Pagos en Monedas Locales (SML) entre Brasil y Argentina, que favorece la compensación con monedas locales del comercio bilateral, deteriorado por la crisis iniciada en 2007. Por medio del SML, los exportadores e importadores cobran y pagan en moneda local a través de los bancos adheridos al sistema. Es un régimen voluntario que pretende extenderse al conjunto de los países miembros del MERCOSUR. Este sistema de compensación puede ser comparable con el SUCRE, Sistema Único de Compensación Regional. El ejemplo es útil para evidenciar las tendencias contradictorias que coexisten en la actualidad. El G20 trabaja en pos de restablecer el orden global, mientras que otras experiencias pueden avanzar en un sentido alternativo.

Los ejemplos aluden a la región latinoamericana por ser el territorio que generó más expectativas de cambios institucionales en la primera década del Siglo XXI. El despertar de nuevas resistencias en otras latitudes habilita a pensar en nuevos aportes de los

movimientos sociales al cambio de la institucionalidad vigente.

*Expectativas en América Latina
a inicios del siglo XXI*

La resistencia a la iniciativa política del capital (neoliberalismo) construyó la expectativa latinoamericana del primer decenio del siglo XXI y habilitó hace apenas un lustro la reivindicación del socialismo como propuesta de solución para los problemas de los pueblos. Primero en Venezuela se habló de “socialismo del siglo XXI” y ahora en Bolivia de “socialismo comunitario”. Convergamos que ello se explica en buena medida por el medio siglo de la experiencia socialista en Cuba. El caso es que los tres países protagonizan junto a otros una interesante y desafiante experiencia de integración, la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América. Son estos los protagonistas destacados de la Cumbre de Copenhague (en diciembre del 2009), que no reclamaron un lugar en el productivismo capitalista sino que identificaron como responsable de la crisis climática al capitalismo. Más allá de los adjetivos (“del siglo XXI” o “comunitario”) con que se califiquen los rumbos sociales definidos, el socialismo vuelve a la agenda de la región y del mundo de la mano de los que hacen el ALBA.

Si la realidad es la crisis de la economía mundial y la respuesta que explica la recuperación económica de los principales países capitalistas se sustenta en cifras alarmantes de desempleo, empobrecimiento y hambre en todo el planeta, nos queda claro que la salida capitalista de la crisis se sustenta en

mayor explotación de la fuerza de trabajo mundial.

La inflexión empezó con la visible acción colectiva de los pueblos que construyen, con limitaciones enormes, la práctica del “otro mundo posible”. ¿Es una realidad irreversible? La caída del socialismo real nos enseña que no existe irreversibilidad, que la lucha de clases existe más allá de la voluntad y que vencer la ofensiva capitalista lanzada en la crisis de los años setenta requiere mucho más que voluntad o discurso de transformación social. Para ello se necesita potenciar sujetos conscientes que luchen por dar una salida anticapitalista a la crisis de la economía mundial en nuestro tiempo. En esta definición radican los límites de proyectos políticos que al no proponerse la superación del capitalismo condenan sus intentos transformadores (en el caso que los hubiera) a la lógica del régimen del capital en tiempo de transnacionalización. En todos los países de la región en que se generó expectativa de cambios progresistas se discutió y discute cómo asegurar una herencia política transformadora en el plano institucional.

En síntesis, no hay inflexión hacia la derecha en la región con el triunfo de Piñera, aunque sí es obvio que triunfó en los comicios el proyecto explícito de la derecha política chilena. Es bueno interrogarse y profundizar en las causas que motivaron ese resultado e incluso en el carácter de los gobiernos de la concertación. Ello no supone pensar en construcciones de “socialismo mágico”, de la noche a la mañana. Como dice Álvaro García Linera, la perspectiva puede llevar años o siglos. Pero lo que no

puede hacerse es escamotear la perspectiva anticapitalista y por el socialismo. Es una cuestión más allá de la disputa institucional y se asocia al poder popular.

La inflexión viene por la reinstalación de la crítica al capitalismo y la formulación del objetivo socialista. No es un rumbo irreversible y menos mayoritario, pero es una realidad.

En este marco de crisis estructural, apuntamos a señalar la coexistencia de dos escenarios. De un lado, el coordinado accionar entre las empresas transnacionales y los Estados nacionales capitalistas en el G20 – incluyendo los de América Latina: México, Brasil y Argentina– en pos de reconstruir el orden mundial liberalizador. Del otro se ubican los pueblos, principales perjudicados de las políticas regresivas inmanentes a ese orden socioeconómico. Su desconcierto ante la crisis no les impide avanzar, aunque desorganizados y fragmentados, hacia las iniciativas políticas más audaces para transformar la realidad. Pero aun así: ¿cuánto participan los movimientos populares en el Banco del ALBA, o en el ALBA como proyecto integral de liberación? Son interrogantes para considerar críticamente a los nuevos instrumentos que la práctica política transformadora está gestando.

Los pueblos son los que tienen que impulsar las iniciativas. América Latina y el Caribe tienen más de 600 mil millones de dólares en reservas internacionales. ¿Se continuará financiando al capitalismo en crisis? ¿Se pueden aplicar a destinos soberanos? ¿Cuántas reservas internacionales hacen falta para que un país como Argentina, Bolivia,

Brasil o Paraguay no sea objeto de una especulación financiera? ¿No es tiempo de pensar en mecanismos de uso compartido de esos recursos? ¿Esos fondos se mantendrán invertidos en bonos del Tesoro de Estados Unidos o prestándole al FMI? Son interrogantes para discutir una aplicación creativa destinada a satisfacer necesidades sociales irresueltas en nuestros países. Es probable que ello nos conduzca a otros interrogantes analizados. ¿No será que hay que discutir al capitalismo como sistema ordenador de nuestra sociedad, pensar en medidas anticapitalistas tendientes a crear un orden poscapitalista?

América Latina y el Caribe tienen todas las condiciones. Y que quede claro que no estamos proponiendo el aislamiento de América Latina, sino incitando a propiciar un mayor vínculo con África, Asia y con los pueblos pobres del norte. Porque a partir de la iniciativa diversa, creativa y alternativa de los pueblos, se erige el poder popular, es decir el ejercicio legítimo de la autodeterminación de los pueblos.

En este inicio del siglo XXI resulta fácil el pesimismo sobre las perspectivas futuras de un socialismo de poder social; pero es importante recordar que en todo el mundo se están ensayando muchas de esas propuestas. Existen experimentos, se están construyendo continuamente nuevas instituciones (y también, desgraciadamente, destruyendo) en los intersticios de las sociedades capitalistas, y de vez en cuando se producen victorias políticas en las que el Estado puede colaborar en el proceso de innovación social. Constantemente surgen nuevas formas

de poder social. No sabemos cuáles puedan ser los límites de tales experimentos parciales y fragmentarios y de la innovación en el capitalismo: el poder social puede quedar en último término restringido a los márgenes, o puede haber mucha más capacidad de ma-

niobra, pero lo que es seguro es que todavía no hemos llegado a esos límites (Ollin, 2006).

Está claro que el tema queda abierto a la riqueza incommensurable de la creatividad social.

BIBLIOGRAFIA

- ATTAC (2009) “El G20 no puede dar más de sí. Entendemos que tampoco lo pretende”, comunicado de la Asociación por un Tributo a las Transacciones Financieras y de Ayuda al Ciudadano – España, 29 de septiembre.
- ATTAC (2009a) “El G20, tres veces cero y nuevas gesticulaciones en vano”, comunicado de ATTAC Francia, 28 de septiembre.
- CEPAL (2010) Informe de la CEPAL sobre la evolución de la pobreza en América Latina.
- Conferencia Internacional Cochabamba + 1 (2011) “Reflexiones en el camino de Cochabamba a Durban”, artículo basado en la intervención de Elizabeth Peredo en la Conferencia internacional “Cochabamba + 1”, llevada a cabo del 15 al 17 de abril en Montreal y organizado por Alternativas.
- FAO (2011) “Informe sobre el hambre en el mundo 2011: los precios de los alimentos permanecen elevados y volátiles”, Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, octubre, en <www.fao.org/news/story/es/item/92592/icode>, acceso 5 de octubre de 2011.
- Fernández Durán, Ramón (2010) “Fin del Cambio Climático como vía para ‘Salvar todos juntos el Planeta’” en *La Quiebra del Capitalismo Global: 2000-2030. Enfrentando el inicio del colapso de la Civilización Industrial*, Madrid-Leganés, España, diciembre, en <<http://habitat.aq.upm.es/boletin/n46/arfer.html#fintext-1>>, acceso 5 de octubre de 2011.
- FMI (2011) “Currency Composition of Official Foreign Exchange Reserves (COFER)”, *Fondo Monetario Internacional*, publicación trimestral actualizada el 30 septiembre, en <www.imf.org/external/np/sta/cofer/eng/index.htm> acceso 5 de octubre de 2011.
- G 20 (2009) “Resoluciones de la Reunión del G20 en Pittsburgh”, 25 de septiembre, en <www.g20.org/Documents/pittsburgh_summit_leaders_statement_250909.pdf>,

- acceso 5 de octubre de 2011.
- G 20 (2009) “Declaración final de la Cumbre de Toronto del G20”, 26 y 27 de junio, en <www.g20.org/Documents/g20_declaration_en.pdf>, acceso 5 de octubre de 2011.
- G 20 <www.g20.org>.
- Krugman, Paul (2010) “El mundo ante la tercera depresión” en diario *La Nación*, Buenos Aires, 29 de junio.
- Mariátegui, José Carlos (1982) *Obras*, La Habana, Casa de las Américas/El Vedado, Tomos I y II. Mención especial para los “Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana” (Tomo I) y “Punto de vista antiimperialista” (Tomo II).
- OECD (2011) “Principales indicadores económicos”, Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, marzo.
- OIT (2011) “OIT alerta sobre una generación “marcada” por crisis mundial del empleo juvenil”, Oficina Subregional de la Organización Internacional del Trabajo para el Cono Sur de América Latina, octubre, en <<http://www.oit Chile.cl/noticias.php?id=423>> acceso 5 de octubre de 2011.
- Ollin Wrigth, Erik (2006) “Los puntos de la brújula. Hacia una alternativa socialista” en *New Left Review*, Madrid, Akal, N° 41, noviembre-diciembre.
- Páginas en internet
- Vía Campesina (2011) “La Via Campesina: llamamiento a Durban”, Septiembre, en <http://viacampesina.org/sp/index.php?option=com_content&view=article&id=1259%3Ala-via-campesina-llamamiento-a-durban&catid=46%3Acambios-climaticos-y-agro-combustibles&Itemid=79>, acceso 5 de octubre de 2011.

